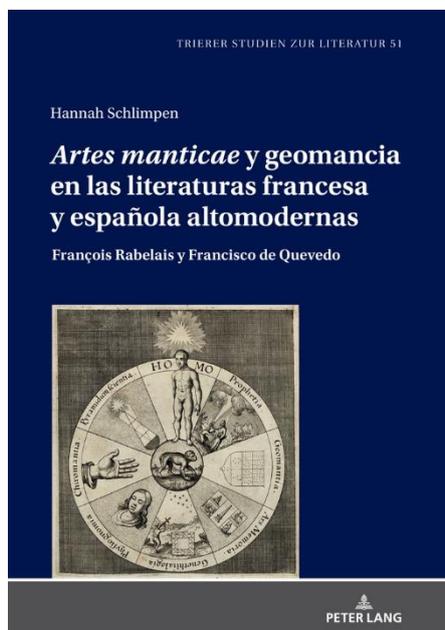


Schlimpen, Hannah. *Artes manticae y geomancia en las literaturas francesa y española altomodernas. François Rabelais y Francisco de Quevedo*. Berlín: Peter Lang, 2020. ISBN 9783631818503. 360 pgs.

Reviewed by: Jorge García López
Universidad de Gerona



El estudio de las diferentes mancias o de formas de saberes sobrenaturales y al margen de la ortodoxia cristiana y su relación con la literatura española ha sido objeto últimamente de trabajos magistrales, entre los que destacaría la muy reciente y espléndida monografía de Folke Gernert. En esta línea de investigaciones se enmarca el estudio que hoy reseñamos, dedicado al estudio de la geomancia, su tradición literaria y su influencia en las literaturas española y francesa con dos ejemplos paradigmáticos.

La autora abre con acierto su monografía enseñándonos qué es exactamente la geomancia y la forma de construir “la tabla geomántica o al menos la plantilla básica de la misma” (p. 15), mediante la generación de casillas (madres, hijas, sobrinias, testigos y resultados), el sistema de eliminación de puntos y la interpretación del resultado. La claridad de la exposición se subraya con seis láminas que ponen a la vista los resultados finales del procedimiento y permiten seguir con cuidado las diferentes fases del proceso (pp. 19-24). Lo interesante de esta introducción es poner a los ojos del lector, muy probablemente lego en estos vericuetos, el procedimiento concreto en la construcción y generación de figuras, lo que le permite seguir con mayor claridad la exposición histórica subsiguiente. La última lámina entre las citadas, además, señala de entrada la relación histórica entre geomancia y astrología, tema que recorre toda la exposición histórica subsiguiente.

El cuerpo del volumen se divide en tres partes bien diferenciadas. En primer lugar tenemos el estudio detenido de la tradición geomántica (“La tradición geomántica en Occidente,” pp. 25-149), en una segunda sección la autora nos presenta la persecución de la geomancia tanto en la Edad Media, como en los siglos XVI y XVII (“Censura de la geomancia”, pp. 151-202) y finalmente en una tercera parte se estudian los saberes geománticos y su uso o rechazo en la obra de Rabelais y en los *Sueños* de Quevedo (“La

Geomancia en Rabelais y Quevedo, pp. 203-307), para terminar con una conclusiones (pp. 309-315) y una pertinente y pormenorizada bibliografía (pp. 317-360). El texto, además, va escoltado con ilustraciones que, aparte de las ya citadas, nos aclaran la recepción, fortuna y preocupaciones de Sieur de Peruchio (Ilustraciones 6 y 7, p. 148) o la que cierra el tratado con la portada de la *Vollenkommene Geomantia*, volumen contemporáneo de Leibniz y Feijoo (1704, p. 316).

La primera sección abre un meticuloso repaso por la tradición latina y vernácula de los manuales de geomancia, comenzando por textos clásicos y San Isidoro, fuente de muchas referencias medievales, aunque probablemente por entonces “nadie supiera cómo llevar a cabo este tipo de pronósticos” (p. 28), de forma que posiblemente fue introducida a partir de la tradición árabe. Por el camino nos encontramos con referencias en el *Didascalion* de Hugo de San Víctor o en el *De divisione philosophiae* de Domingo Gundisalvo y con la larga lista de manuales latinos. Entre ellos destacan el *Ars geomantiae* de Hugo de Santallana (119-1151), el influyente *Estimaverunt Indi*, conocido por su incipit, ya que se trata de “una traducción que se hizo a partir de un tratado geomántico árabe perdido del que ignoramos el autor y la fecha de composición” (p. 35), el *Si quis per artem geomanticam* de Gerardo de Cremona, muchas veces confundido con la *Geomantia astronomica* muy probablemente de Gerardo de Sabbioneta (s. XIII), así como autores como Bartolomeo de Parma (s. XIII), Guillermo de Moerbeke (1215-1286) en el *De arte et scientia geomantiae* (ca. 1271), el *Sicut dicit Boetius* atribuido a Jean de Murs (1290-ca. 1350) o el *Incipit compilerium* de Rolandus Scriptoris (segunda mitad del siglo XV). Se trata de un inventario bastante sistemático a partir de los principales estudios actuales, cuya bibliografía maneja la autora con flexibilidad y rigor, pero ya nos advierte que el recorrido quiere darnos “una somera idea de la variedad de los manuales geománticos latinos” (p. 41), puesto que se pueden sumar fácilmente “títulos de algunos de los tratados menos conocidos y escasamente estudiados,” como el *Liber regis Ricardi secundi*, el *Liber geomancie*, atribuido a Martinus Hispanus, el *Quiniam quamplures predecessores*, la *Tabulae Humfridi*, el *Methodus universalis Archani* o la *Geomancia indeana*. Entre los manuales vernáculos destaca el *Libro de los juysios de calatarrama*, fechable en el siglo XV. Y aquí *calatarrama* denota su origen árabe (de *jatt al-raml*, es decir, ‘escritura en la arena’) y su estudio nos abre la puerta nada menos que de la biblioteca de Hernando Colón (1488-1539), cuyas inclinaciones bibliófilas le llevaron a adquirir ejemplares de Llull o Robert Kilwarby, así como el *Liber de geomantie manuscriptus* o el *Geomantia. Tractatus Geomantie magistri Studionis Cremonensis*, este último citado en el *Memorial de los libros naufragados* (pp. 44-46) y quizá obra del ya citado Rolandus Scriptoris de Cremona, que suele ser confundido con Gerardo de Sabionetta.

Esta primera parte dedicada a la tradición de manuales geománticos se cierra con el estudio de las obras impresas hasta casi el orto de la Ilustración. Obras ya muy contemporáneas en ocasiones a los dos autores con que se cierra el volumen, como *Le tre parti del campo dei primi studii* (Venecia, 1546), obra juvenil de Gabriele Simeoni (1509-ca. 1570), el *Della geomantia y La seconda parte della geomantia* de Pietro Albano (1542), *La geomantia*, atribuida a Bartolomeo della Roca, llamado Cocles (1467-1504) o el *Della geomantia* (1550), supuesta obra de un tal Giovanni Geber, “re indiano” (p. 56), que debe no poco al *Estimaverunt Indi*, como pone de manifiesto la autora en comparaciones a doble línea (p. 57) y donde la geomancia se cruza estrechamente con la astrología. En esa línea estaría también el *Geomantiae astronomicae libellus*, atribuido a Gerardo de Cremona peor en realidad obra de Gerardo Sabionetta y curiosamente impreso en las *Opera omnia* (1600) atribuidas a Agrippa von Nettesheim. Cerraríamos el inventario con *La géomance* (1558) a nombre de Christophe Cattan, uno de los tratadistas

más difundidos, las inclinaciones geománticas de Jean de La Taille y Guillaume de La Taissonnière en *La géomance abrégée* (1574) y *La géomance* (1575) y finalmente con *La chiromance, la physiognomie et la géomance* (1657) de Sieur de Peruchio.

No menos interés tiene el recorrido por los críticos de la geomancia. Como era de esperar, encontramos ya en la Edad Media su censura en autores como San Isidoro o Santo Tomás, este último fuente de obras como el *Tractatus contra astronomos judicarios* (1349) de Nicole Oresme (ca. 1320-1389) o el *Contre le devineurs* (1411) del dominico Laurens Pignon (ca. 1368-1449). En esta perspectiva, la autora nos presenta un estudio detallado del *Tratado de la divinança* (ca. 1450) de Lope de Barrientos, que “muestra una coherencia y un rigor teórico excepcionales entre los textos castellanos” (p. 163). En cuanto a los tratados impresos a lo largo del siglo XVI y principios del XVII, tenemos a Pedro Ciruelo en sus *Apotelesmata astrologiae christianae* (1521), a Cornelio Agrippa von Nettesheim, que publica casi al mismo tiempo su *De occulta philosophia* (1531) y el *De incertitudine et vanitate scientiarum* (1530), dos obras de gran éxito, a Jean Bodin en su *De la Démonimanie des sorciers* (1580) y sobre todo el jesuita Martín Antonio del Río (1551-1608) que en su *Disquisitionum magicarum libri tres* (1599-1600) realiza una amplia exposición de todo tipo de saber mágico, hasta el punto que ya sus contemporáneos expresaban dudas sobre si condenaba o enseñaba las artes ocultas, pero que en todo caso tuvo una amplísima difusión en el siglo XVII utilizándose como enciclopedia.

El estudio culmina con una indagación sistemática de la presencia de la geomancia en las obras de François Rabelais y Francisco de Quevedo. Con respecto a Rabelais, la autora nos presenta un largo recorrido por su obra que en sí mismo es ya una monografía (pp. 203-283) en el que nos vamos a encontrar toda una serie de temáticas que asedian a la pentalogía del escritor de Chinon, entre las que destacan la posición cambiante del autor en torno a prácticas mágicas, así como su compleja relación con la obra de Cornelio Agrippa. A partir de aquí, y recogiendo la sospecha ya expresada por Folke Gernert, el puente que une la anterior exposición con la obra de Quevedo es la probable influencia de Rabelais en el autor de los *Sueños*, ya que, en efecto, “sospechamos que en la carcajada de Quevedo sobre las lecturas semióticas del cuerpo y la geomancia resuenan las burlas paródicas de Rabelais” (p. 285), que, tal como con acierto nos dice la autora, “es una cuestión muy sugerente.” Culmina el análisis, entre otros varios textos de Quevedo, con el *Sueño del infierno*, donde se pone de manifiesto que los “detalles que Quevedo sí conocía, como se desprende, por un lado, de la mención de la necesidad de echar los puntos, tal como lo prescriben los manuales geománticos (p. 297), no los encontró en Martín del Río, sino probablemente en las *Opera omnia* de Agrippa.

En conclusión, una monografía necesaria y que viene a llenar un vacío en los estudios sobre “el conjunto de disciplinas que suelen agruparse bajo el lema de saberes ocultos” (p. 310). La autora, solventado ese vacío con brillantes análisis en un muy sugerente repaso sobre la tradición geomántica y su influencia en las literaturas renacentistas, nos pone a la vista mutuas influencias y lecturas cruzadas, más de una vez inéditas, entre autores como Agrippa, Del Río, Rabelais y Quevedo, por no hablar de la larga lista de manuales estudiados sistemáticamente y las referencias de todo tipo que permiten al lector hacerse una idea de la extensión e importancia del tema para la comprensión de numerosos aspectos de la literatura renacentista. Y para culminar su brillante estudio, la autora nos recuerda en sus conclusiones, y a cuento de la “ludificación de la geomancia” (p. 314) durante la Ilustración, un saleroso chascarrillo sobre la brevedad de su vida que el octogenario Voltaire explica en su *Dictionnaire philosophique*.